

Andrea Maceiras

Ilustrado por Sonia García

LA HOJA AZUL



ANAYA

1.ª edición: septiembre de 2021

© Del texto: Andrea Maceiras, 2021

© De las ilustraciones: Sonia García, 2021

© De la traducción: Andrea Maceiras, 2021

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-8862-9

Depósito legal: M-19434-2021

Impreso en España — Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Andrea Maceiras

Ilustrado por Sonia García

LA HOJA AZUL



ANAYA

*Para Lucía,
alma de oshoshoro*

Índice

Prólogo	9
1. El espíritu de Bekororoti	11
2. El sueño de Arumi	19
3. Hiwatu y Ihí	28
4. La llegada de los <i>kuben</i>	36
5. Ritual	44
6. Los hummi	51
7. Ok-ti, el Padre Pájaro	58
8. Hermano jaguar	64
9. Hermano delfín rosado	71
10. Hermana águila	78
11. El río sin agua	84
12. Tiago	91
13. La hoja azul	99
14. El águila	107
15. Delfines rosados	116
16. Jaguares	124
17. Regreso	131
Epílogo	139
Nota de la autora	142

Prólogo

EL AMAZONAS es una enorme región natural de Sudamérica. Se trata de la selva tropical más grande del mundo y está repartida entre varios países, principalmente Brasil y Perú.

Su clima es húmedo y cálido y sus ríos abundantes.

En la selva amazónica habitan infinitos mamíferos, anfibios y aves. Su vegetación es frondosa y densa y por eso suele decirse que es el gran pulmón de la Tierra.

El Amazonas es un mundo verde y único.

También es el hogar de muchas tribus indígenas que han vivido allí desde el inicio de los tiempos. Algunas de ellas mantienen relación con la civilización, mientras que otras han decidido permanecer voluntariamente ocultas en el corazón de la selva.

Mi tribu es una de ellas.

Yo soy Husu Aké, miembro de la tribu tacaré, hija de la Madre Tierra y habitante del mundo verde.

Y esta es mi historia.

1

El espíritu de Bekororoti

AQUELLA tarde, el viento removía los cabellos de la abuela Arumi haciéndolos bailar como si fuesen lianas colgantes. Debido a las historias de la abuela, yo siempre me había imaginado el viento como una gigantesca serpiente que vivía en las copas de los árboles. Arumi me había contado que, en los días de tormenta, la serpiente bajaba por los troncos para acariciar los rostros de los hombres y mujeres con su lengua caliente y húmeda.

La serpiente del viento siseaba en mi oreja, pero yo no le tenía miedo. Nunca había temido a las boas, ni a las anacondas, ni a ningún otro animal. Sabía que los corazones de todos los seres vivos latían a un mismo ritmo. Todos éramos hermanos, hijos e hijas de la Madre Tierra, y nuestros espíritus podían entenderse más allá de nuestros cuerpos y de nuestras lenguas. Yo compartía mi alma con la de las anacondas y las boas, y ellas formaban parte de mí.

No podía temerme a mí misma y por eso tampoco les tenía miedo a ellas.

Sin embargo, aquella tarde las nubes oscurecían nuestro mundo verde. Se avecinaba una tormenta y me sentía intranquila. Como todos los niños y niñas de la tribu tacaré, yo sabía que las cosas sucedían siempre por un motivo, puesto que la Madre Tierra era sabia y bondadosa. Comprendía que las tormentas eran necesarias para la vida. Pero, a mis nueve años, los relámpagos todavía me asustaban un poco.

No acababa de comprender el espíritu luminoso del rayo.

La abuela me había contado que, al principio del mundo, el espíritu Bekororoti había bajado de los cielos para vivir con los primeros hombres y mujeres de la tribu tacaré y enseñarles sus conocimientos. Sin embargo, después de un tiempo, se había enfadado con ellos y había decidido regresar a su hogar en las estrellas. Desde allí los castigó enviándoles la primera tormenta. Casi todo el tiempo, Bekororoti era un espíritu protector, pero algunas veces se acordaba de aquel gran enfado y volvía a lanzar rayos y truenos.

Yo le tenía un poco de miedo a Bekororoti. Por eso prefería que el mal tiempo me encontrase en la seguridad de nuestro poblado.

—¿Deberíamos volver a la aldea, Arumi? —pregunté inquieta.

—Tranquila, pequeña Husu —respondió la abuela—.



La tormenta todavía tardará. Pregúntale a la hermana rana cuándo va a llegar.

Las ranas no habían dejado de croar en toda la noche, anunciando la llegada de la lluvia.

Yo hice lo que me pedía Arumi.

—La tormenta empezará después de la puesta del sol —respondió la hermana rana.

Traduje las palabras de la hermana rana y Arumi asintió. Todavía teníamos tiempo.

Seguí caminando detrás de la abuela, más tranquila. Me gustaba observar su hermosa melena agitada por el viento. Ninguna mujer de la aldea tenía el pelo tan blanco como Arumi, ni lo adornaba con plumas de colores como ella. La abuela Arumi era especial, todos lo sabían. Y, además, creía que yo también lo era.

Por eso me había puesto aquel nombre.

—Husu Aké, «la niña de los ojos de luz» —había dicho la abuela al cogerme en brazos por primera vez.

Los demás miembros de la tribu me llamaban simplemente Husu o, algunas veces, Vati Aké, que significaba «la niña de los ojos soñadores», o Japí Tiki, que quería decir «pequeña tortuga». Mamá me había contado que, de bebé, yo había sido la niña más tranquila de todo el poblado. Podía pasarme horas mirando cómo las mujeres preparaban harina de mandioca o jugando con las flores del plátano.

—Eso es porque eres la niña más inteligente que he visto nunca —me había dicho la abuela.

Y debía de ser cierto, porque Arumi había visto muchas cosas a lo largo de su vida.

Mamá me había explicado una vez que la abuela era como un árbol arrancado y plantado de nuevo y que, por eso, algunas veces no encontraba su lugar en la aldea. Yo no estaba de acuerdo. Arumi tenía la piel arrugada como la corteza y su corazón estaba surcado por miles de círculos, igual que los troncos de los árboles viejos. Había vivido muchas aventuras. Pero tenía muy claro de dónde venía y a dónde iba.

Arumi era fuerte y sabia. Y yo deseaba ser como Arumi.

Pensando en todas aquellas cosas me olvidé de la tormenta y pronto llegamos a nuestro rincón secreto. Se trataba de una zona un poco apartada de la aldea. El suelo estaba cubierto de raíces y la vegetación nos escondía entre sus brazos verdes, protegiéndonos de las miradas del resto de la tribu.

Una vez allí, solíamos sentarnos bajo un árbol de *sapota*, siempre cargado con sus dulces frutos. Antes de empezar cada lección, Arumi escogía el más maduro. Después lo abría para mí, dejando a la vista su carne amarilla y brillante. Yo masticaba la sabrosa pulpa, bañándome las manos y la cara con su zumo.

—¿Por qué hueles a *sapota*, Husu? —preguntaba mamá extrañada cuando volvíamos al poblado.

Yo me callaba y sonreía. Tenía que guardar el secreto.

La abuela Arumi me había hecho prometer que nunca hablaría a nadie de nuestras escapadas. En aquel rincón que era solo nuestro, Arumi me enseñaba muchas cosas que me encantaban. Pero también sabía que eran conocimientos prohibidos y que mamá, papá y el resto de la tribu se disgustarían mucho si supieran lo que estaba aprendiendo.

Ellos pensaban que estaba mal aprender los saberes de los hombres y mujeres blancos.

Los miembros de la tribu tacaré rechazaban todo lo que tuviese que ver con los *kuben*, como nosotros los llamábamos. Pero Arumi no opinaba lo mismo. Ella me había enseñado a dibujar palabras con pintura sobre las calabazas verdes. También a hacer números y a repetir nombres de lugares que existían más allá de nuestro mundo verde. Y, poco a poco, había ido metiendo en mi cabeza una lengua extraña y lenta.

A mí no me gustaba demasiado aquella lengua, pero ella insistía.

—Algún día saber portugués te ayudará, pequeña Husu. Es la lengua de los hombres y mujeres blancos.

Aquella tarde de tormenta, Arumi me enseñó dos palabras nuevas. Las recuerdo muy bien porque eran raras y hermosas.

—*Floresta* —dijo Arumi—. O *selva*. Significan lo mismo.

—¿Y qué quieren decir?

—Los hombres y mujeres blancos las utilizan para referirse a nuestro mundo. Dentro de ellas están todos los árboles, los animales, los ríos y cualquier criatura que camine sobre la piel de la Madre Tierra.

—Eso es imposible, Arumi —repuse—. ¿Cómo van a caber todas esas cosas dentro de una sola palabra?

—Es lo que piensan los blancos, pequeña Husu.

—¿Entonces los miembros de la tribu tacaré somos *selva*, abuela?

—Claro. Nosotros vivimos en el regazo de la Madre Tierra. Ella alimenta nuestros cuerpos y nuestros corazones.

—*Selva*... —repetí en voz baja.

Me gustaba cómo sonaba aquella palabra.

No recuerdo qué otras cosas aprendí aquella tarde. Volvimos a la aldea un poco antes, para evitar que la tormenta nos sorprendiese bajo los árboles. Supe que estaba a punto de hacerse de noche porque escuché el canto de las cigarras y porque, al llegar al poblado, las mujeres estaban preparando la cena. El aire olía a humo y a tortas de mandioca.

Los hombres, en cambio, no estaban. Se habían reunido dentro de la cabaña de las asambleas.

En aquella cabaña, prohibida para las mujeres, los hombres tomaban las grandes decisiones.

—Algo no va bien, pequeña Husu —dijo Arumi cuando llegamos.

—¿Es por la tormenta? —pregunté—. ¿Es el espíritu de Bekororoti?

—No, pequeña. Bekororoti lanza rayos y truenos y eso es algo que podemos ver y oír. El mal que yo presiento es invisible y silencioso. Solo se percibe con el alma.

En aquel momento no entendí las palabras de Arumi.

Entonces, mamá me llamó para ofrecerme una torta de mandioca calentita y yo corrí a comérmela. Los hombres tardaron mucho tiempo en salir de la cabaña de las asambleas. Cuando lo hicieron, estaban serios y callados. Después, estalló la tormenta y los truenos retumbaron sobre la tierra mojada.

Arumi tenía razón. El mundo se volvió extraño aquella noche.

Y nuestras vidas cambiaron para siempre.

Premio Merlín de Literatura Infantil 2020

En el corazón de la Amazonía, la vida de la tribu de Husu Aké transcurre tranquila, en sintonía con el ciclo de la naturaleza y el espíritu de Bekororoti. Hasta que un día la sabia abuela Arumi presiente que el desastre se cierne sobre su gente y decide revelar a su nieta el secreto que ha estado guardando durante años. Husu Aké se embarca así en un viaje heroico en busca de una hoja azul, el único remedio capaz de salvar a los suyos. Durante su aventura tendrá que romper leyes y mandatos ancestrales y descubrir que hay un lugar más allá del «mundo verde» donde se ha perdido el amor por la Madre Tierra.

**UN GRITO CONTRA LA DESTRUCCIÓN
DE LOS RECURSOS NATURALES
Y UN CANTO A FAVOR
DE LA COOPERACIÓN Y EL RESPETO
A OTRAS FORMAS DE VIDA.**

ISBN 978-84-698-8862-9

1525271



9 788469 888629

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com